

Monsiváis ensayista: notas sobre la 'cultura nacional'

JUAN JOSÉ REYES



Hay un mundo Carlos Monsiváis. Un mundo que es muchos mundos. La prosa, los textos de Carlos Monsiváis no forman un ‘género’: Monsiváis es una literatura. En estas líneas nos asomamos a una de las vertientes menos atendidas por los lectores que siguió el escritor formidable: el ensayo, respecto a una idea central en la vida del país y en las preocupaciones del autor: la noción de ‘cultura nacional’ de los liberales mexicanos y sus búsquedas hasta el fin del porfiriato.

1. Llama la atención el hecho de que un hombre de extendida juventud haya dado tantas respuestas a tantas preguntas nacidas de una curiosidad asombrosa. Monsiváis quiso saberlo todo. Comenzó sabiendo lo que no era cierto y reveló todas las formas y los temas del embuste generalizado.
2. Monsiváis se divierte. De modo fulgurante da con versiones alternas de las realidades distintas que el mundo manifiesta. Le gustan las apariencias y dedicará todo su tiempo a mirarlas, hallarles sus sentidos engañosos y a desmontarlas.
3. Coincide con Octavio Paz: los mexicanos viven enmascarados. Pero no acude a ver el origen abstracto de los disfraces sino que describe y recrea los diversos atavíos, los modos diferentes de los ocultamientos.
4. Piensa que la apariencia es la realidad. Si así no fuera, ¿qué sería lo real, lo auténtico? Ser es ser percibido, en efecto, y lo percibido queda sin remedio en una zona confusa que desde el principio es objeto de tentación de lo que llamó “los dueños del poder”.
5. No hay una esencia nacional sino una historia nacional. Y ésta es una historia ardua que podría comenzar por los significados de los términos. El de nación “aparece en la historia mexicana como un concepto que equilibra y aligera una realidad atroz, como el nombre majestuoso que agrega sentido y destino a un conjunto de seres y acontecimientos al margen de la civilización... Desde el principio, nación es la palabra que agrupa y define a un sector privilegiado, y tal situación se irá perpetuando de manera beligerante”.
6. En su origen, es decir en el México independiente del siglo XIX, aquella beligerancia corre por cuenta, en el interior de aquel sector, de liberales y conservadores, enfrentados sobre todo por su visión respecto a la Iglesia y sus poderes.
7. Dos campos: en el político la ‘nación’ está formada por “unos cuantos”; en lo cultural, según la élite, “será... el espacio fatal donde una minoría justifica y redime ante la Historia a una mayoría bárbara y crédula”.
8. La literatura, constituida y escrita sobre todo por el grupo liberal, vendrá a ser la encarnación de “lo nacional” dentro de las capacidades que sólo la capa ilustrada podrá ejercer.
9. Monsiváis evoca a uno de los grandes liberales, Guillermo Prieto: “...siendo lo que hoy llamamos mexicanos, una raza anómala e intermedia entre el español y el indio, una especie de vínculo insuficiente y espurio entre dos naciones, sin nada en común, su existencia fue vaga e imperfecta”.
10. Lo nacional, de acuerdo con la visión liberal encabezada en todos los planos por la mirada política de Benito Juárez, requiere de una coherencia, de una forma, de una orientación. Aquella coherencia convendrá con la memoria. Ahora Monsiváis recuerda a Ignacio Manuel Altamirano (que terminará siendo,

y con justicia, el patriarca de las letras del país): [Hay que] “Hacer de la bella literatura un arma de defensa”. Memoria y proyecto, la literatura tendrá un sentido de formación, cívico, se diría inclusive que salvador de la patria y de trazo de su futuro. Para que tal cosa sea factible es necesario distanciar a las letras mexicanas de sus temas y vertientes de antes, todos ellos comprensibles pero ya obsoletos. Los asuntos viejos y los géneros en declive: los liberales se saben fundadores por partida doble. Abandonarán el género por mucho más cultivado por los autores y más buscado por los muy escasos lectores, la poesía religiosa o la poesía de amor (claramente situada fuera del tiempo de la Historia) y reivindicarán los cuadros de costumbres (tal vez el género que mejores frutos alcanzó), la novela (que se presenta como “el monumento literario del siglo XIX, a decir del maestro Altamirano), la novela de folletín que es disfrutada por los muy pocos lectores de las clases pobres (de nuevo Altamirano: “La clase media y la clase alta vendrán después, cuando se escriba para ellas, y cuando no se las hiera en ciertas susceptibilidades”). La novela, piensan ilusionados los liberales, podría igualar a las clases sociales en nebulosos días por venir.

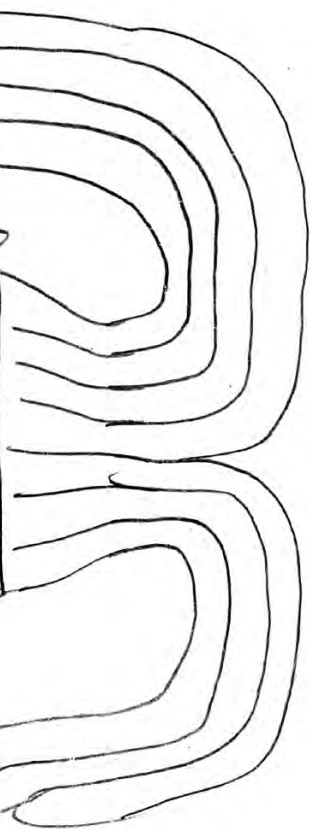
11. Carlos Monsiváis, en este caso como en todos los otros de los que se ocupó, no dio concesiones. Por lo pronto sitúa precisamente a la mayor parte de los escritores del XIX, liberales juaristas, como integrantes de una élite, de un grupo privilegiado —de ahí la marcada tendencia, que llegó a ser una condición indispensable, a poner en el punto más alto de su mira estética lo extranjero, y muy en especial lo hecho en Francia, el país invasor de la patria misma—, como “románticos” (en cuanto a que estaban más bien lejos de metas concretas, asequibles) meramente esperanzados.
12. Tampoco dudó Monsiváis al lanzarse tras todos los significados de aquella empresa liberal. No tarda en dar con sus méritos mayores. Válidos admirablemente de paciencia y talentos admirables, los liberales se afanaron en ir a las raíces y en ser plenamente coherentes con la Historia del país.
13. En primer término los liberales intuyeron, aun quizá sin comprenderlo del todo, que sus trabajos entroncaban con una tradición que había venido desplegándose desde el origen de la guerra de Independencia. Sin que los mencione, el nombre y la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi pueden percibirse en el sustrato del recorrido de Monsiváis por el tramado de los propósitos de los liberales. Sucede de este modo en un asunto específico y crucial: el del lenguaje. Es imposible dejar de advertir la benéfica sombra de El Pensador Mexicano tras aquellas tentativas. Si, como pretendía Altamirano y cita Monsiváis, “no podemos menos que producir una literatura original y rara en su esencia, por más que sea imitativa y rutinaria en su forma había que andar con mayor tenacidad y paso más firme por los senderos del cuadro de costumbres, de la novela y de la poesía patriótica”, y había que incorporar, con vistas a darle vida verdadera a lo escrito, un lenguaje genuino, mexicano. Tal lenguaje fue trasladado por primera vez de las calles, los garitos, las cantinas, las fondas a la página impresa con señalada intención literaria. El autor de *El Periquillo Sarniento* había estado presente en el campo de batalla en favor de la causa insurgente, y pudo luchar con mayor eficiencia en un campo que él inauguraba: el del periodismo popular, el de las devociones, las costumbres y la picaresca vernáculas, el de la novela como un género que procedía del modelo europeo y se nacionalizaba sin remisión en nuestros lares.

MONXICHOXITL



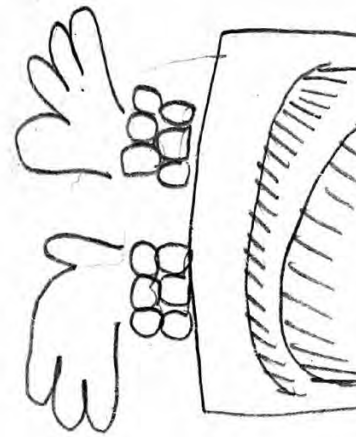
14. ¿Qué lazos pueden unir a los mexicanos, más allá de todas sus ineludibles diferencias? Responde Carlos Monsiváis apoyándose en una “idea fija” de Altamirano: el patriotismo, la virgen de Guadalupe, el lenguaje y la literatura. De aquí la idea de que eran dos géneros los que tendrían que ser predominantes: la poesía patriótica y la novela.
15. En *Las herencias ocultas*, un libro enteramente dedicado al estudio de los escritores liberales, Monsiváis subraya un hecho sustantivo de la historia cultural del país: el proceso de secularización, que extrajo los grandes y monocordes temas de las manifestaciones artísticas de los manidos encuadres de una estética religiosa para situarlos en escenarios tangibles, por más que fuera necesariamente en el plano de la recreación. Si el jacobinismo permitió e impulsó la destrucción de numerosos templos y conventos, especialmente en la Ciudad de México, las medidas políticas de los gobiernos liberales se extendieron a la vez a la esfera de la instrucción pública y de la cultura. Los grandes asuntos religiosos dejarían de ser el motivo central de la inspiración de los artistas, quienes tuvieron que apuntar sus miradas a un rededor mucho más inmediato, se diría. Creyentes, y aun sin ser fieles seguidores de los mandatos eclesiásticos, los mexicanos eran tumultuariamente guadalupanos. Comenzaban a tener una visión del mundo y sus cosas diferente a la de las generaciones anteriores, y si sabían que “Dios nunca muere”, dejaba el suficiente espacio libre para mirar con otros ojos.
16. En aquel libro, y en varios otros ensayos, Carlos Monsiváis enfatiza la importancia del cambio paulatino y decisivo de horizontes: de la iconografía celestial a una que recubriera el imaginario estético de las glorias y las maravillas del mundo de todos los días. La cultura nacional, y por tanto su expresión y la idea misma de ‘nación’, no podía fincarse ya en cuestiones a fin de cuentas abstractas sino que debía cursar en la Historia del país, fuente incesante e indudable de exaltaciones y glorificaciones.
17. En el primer tramo del postjuarimo, léase, al comienzo del porfiriato, Ignacio Manuel Altamirano prologa *El romancero nacional* de Guillermo Prieto y lamenta en aquel texto los cauces por los que había venido corriendo la poesía del país. Recuerda Monsiváis: “Los mexicanos no tienen la cabeza épica”, y puntualiza: “... arribemos a la conciencia nacional de manera hazañosa, consolidando la difusión de los grandes ejemplos y de los próceres exuberantes”.
18. ¿Hacia dónde debía enfocarse la mirada de los poetas mexicanos? Hacia los Grandes Temas de la Historia Patria. A final de cuentas, y lo tácito no resta importancia a lo contenido, tanto liberales como conservadores produjeron largamente en el México independiente un acervo que no había contribuido eficazmente a la forja y el fortalecimiento de la nacionalidad; se trataba, “mayoritariamente —escribe Monsiváis— [de] libros religiosos, en segundo término, libros de Derecho y legislación, en tercer lugar, libros de versos y a lo último vienen en fracciones mínimas las ciencias. La poesía se ha impuesto sobre la historia, la biografía, las costumbres y la novela”. Para colmo, apuntaría Altamirano, “en la poesía hemos todavía dado preferencia al amor, a la religión, a los placeres, a la amistad, a la lisonja, a la sátira, al epigrama, a los sucesos históricos de otros pueblos, a todo, pero no se nos ha ocurrido celebrar lo que tenemos de más grande y de más digno del canto, a saber: el heroísmo de los padres de la patria”.

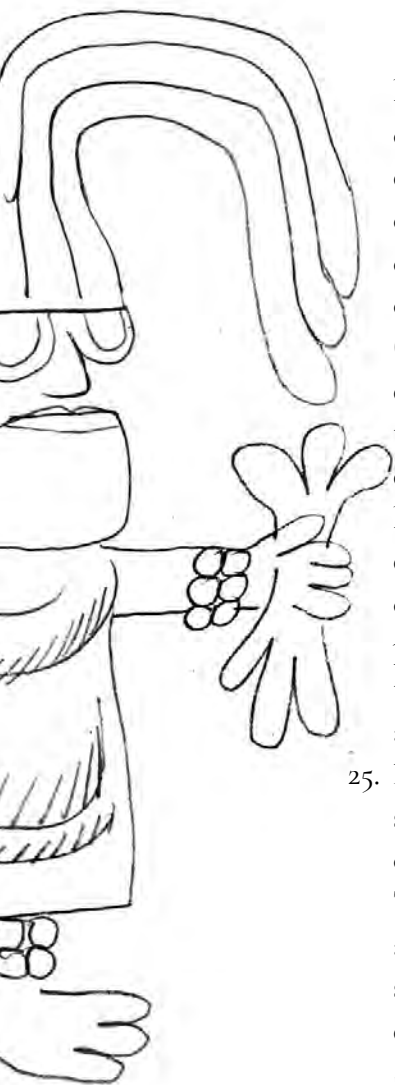
19. No quedan claros los motivos de que se hayan, si no soslayado del todo, desatendido más que considerablemente los ensayos de Carlos Monsiváis. Sin replegar su ironía siempre eficaz, Monsiváis una y otra vez probó el poderío de sus despliegues analíticos, su disposición de noticias de todo tiempo y circunstancia, su poder de síntesis, las fulguraciones de una escritura de cumplidos propósitos exegeticos. En “La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas. Notas sobre la historia del término ‘cultura nacional’ en México” (1976) el autor emplea una información vastísima, la ordena, la pondera, discierne y la entrevera, va avanzando con la mayor transparencia de acuerdo con el flujo de las ideas y los hechos que analiza. No es Monsiváis, en consecuencia, un ensayista inferior al cronista que deslumbra a tantos y tantos lectores gracias a sus crónicas, repletas de atisbos críticos y de una mordacidad sin falta pertinente y natural. Si en sus crónicas Monsiváis parece estar diciendo “No soy yo: son los otros, lo que dicen, lo que hacen, lo que dejan de hacer” lo que puede mover a risa, en sus ensayos expresa entre líneas “Así son las cosas que ocurrieron. Los hechos superan al espectador”. Todo pues transcurre entre tropiezos, conflictos, percepciones de ausencias, y también esfuerzos tan denodados que mueven a la admiración.
20. De este modo el ensayista Carlos Monsiváis arriba a aquel punto crucial provisto de carencias y de urgencias. ¿Cuál puede ser el sentido, ya al comienzo del gobierno de Porfirio Díaz, de la idea de ‘cultura nacional’? Ha quedado claro que corresponde a los escritores hallar ese sentido. A los escritores primeramente, y luego a los lectores. El propio Altamirano había atendido a ese heterogéneo núcleo fundamental. Esperaba que el *El romancero* de don Guillermo Prieto llegara “a ser popular”, puesto que aquel poeta, al crear la poesía heroica, reviviría “en el alma del pueblo la fe en sus destinos, contribuirá a formar la verdadera nacionalidad por la fusión de los recuerdos gloriosos y a de dar a las masas el conocimiento de su verdadero valor en los futuros conflictos de la patria”.
21. Monsiváis lo advierte a la perfección: en la visión de los liberales lo mismo que en la de los conservadores se instala una noción que a las claras entraña ya el germen de un proyecto nacional de plazo más o menos largo. No importa tanto en este punto lo que hoy se llamará ‘la coyuntura política’, quién gobierna y la dimensión de los problemas que enfrenta, sino que esta concepción, estas *esperanzas*, tienen un propósito común, nacido merced más a la obra de los escritores y de los tenaces educadores que de los políticos y su extendida beligerancia. Las condiciones políticas y económicas, hacia finales del siglo XIX, no habían conseguido más que profundizar la desigualdad y el atraso, el aumento de la distancia entre los datos de la civilización (la occidental, desde luego) y un estado de cosas sellado por “la improvisación y la infancia prolongada”. México tenía un porvenir. Ahora podía reconocerlo. Y parecía haber llegado la hora de comenzar a pensar aquel porvenir, lejos al fin de forcejeos meramente estériles.
22. Momento de definiciones. Había quedado atrás, luego de tantos y tantos años, el periodo de infecunda niñez del país. México debía entonces afrontar el nacimiento de su madurez. Ese comienzo ocurrirá en circunstancias que han determinado en el plano cultural y pedagógico los escritores y los maestros de los niños: será de importancia la actividad de un agente puesto en circulación a instancias del presidente Juárez, quien le pidió a Gabino Barreda que estableciera y propagara las en-



señanzas del positivismo. La secularización, fuera como fuera la relación del Estado con el clero, estaba en plena marcha y no habría de detenerse. Desde su mera incipencia hasta su primer desarrollo, la ciencia en el país fue una novedad que concitó entusiasmos, ilusiones y seguridades. Más allá de los avances que entrañaran sus estudios, el conocimiento científico fue de inmediato un signo alentador para todos los dedicados a menesteres culturales: el país llegaba al mundo civilizado.

23. Al apartarse el influjo determinante de la Iglesia, la sociedad mexicana podrá apreciar nuevas imágenes. Como observa y señala Carlos Monsiváis, el registro personal y colectivo del mundo probable o tangible tendrá que ser distinto. Civilizarse significa, en un sentido literal y aun tiempo efectivo, advertir que la Historia es consecuencia de los humanos empeños y de la aprehensión y la interpretación de lo que ofrece la naturaleza. Hay aquí una conjunción inesperada: la del campo (sobre todo el campo, porque no hay que olvidar la costa) y la ciudad. Y despunta un concepto: el de modernidad. (Dicho al paso: no olvidemos que el artista José María Velasco, por ejemplo, utiliza el compás y las escuadras en sus dibujos formidables de plantas y de bichos, con cumplido afán estético liado al esmero por reflejar lo natural exactamente.)
24. Atina Monsiváis al escribir: “Para distinguirse de su irresponsable permanencia en los alrededores de la civilización, los representantes nativos del Espíritu (es decir, en el sentido utópico de tal acción, los representantes del México del mañana: los hombres instruidos son los mexicanos del porvenir) se aferran a una consigna: provoquemos el advenimiento de la madurez”. Convendrá recordar aquí a Alfonso Reyes, quien habría de asentar que los mexicanos habían llegado tarde al banquete de la civilización. A los escritores del siglo XIX, en esta misma línea, les corre prisa: su reloj histórico se ha retrasado en forma desmedida y su calendario apenas comenzó a correr mientras los otros parecían saltar entre los años y los días, comerse los años, superar sus problemas con aplomo y energía. Europa y Estados Unidos estaban ya sentados a la mesa del banquete al tiempo en que los mexicanos no habían abandonado el amparo del seno materno. Buscaban estos últimos la madurez, como señala Monsiváis: “la suma de reacciones idénticas a las que ocurren y transcurren en los centros civilizados; la madurez: el reconocimiento universal (el reconocimiento interno de que ya se es universal), una disciplina para trascender, dirimir el oprobio de la marginalidad). De este punto pasa el ensayista Carlos Monsiváis a otro de peso enorme en el curso de la historia política y cultural de México y los demás países latinoamericanos. Valga la larga cita: “Nuevo lugar común para contemplar nuestro pasado: la servidumbre de una cultura actúa a través no sólo de sus técnicas de imitación sino también fundamentalmente de sus metas. Las metrópolis no conceden aprobación o apoyo y las élites latinoamericanas, durante un dilatado periodo histórico, viven sintiéndose en falta ante una cultura occidental que, al ignorarlas, las despoja ante sus propios ojos de existencia histórica. Por lo mismo, el llamado para una ‘cultura nacional’ es un acto doble: programa de cohesión interna y de resistencia interna.”
25. ¿Qué percibe en esto Carlos Monsiváis? De seguro la primera aparición de un hecho recurrente y de muy considerable peso en un largo tramo de la cultura del país durante el siglo XX. Descreído todo el tiempo de una auténtica trascendencia de los esfuerzos filosóficos por dar con “el ser del mexicano”, Monsiváis no podía a





la vez dejar de advertir la indudable importancia cultural de aquellos afanes. Y en este campo, es imposible dejar de pensar en el más definitorio rasgo del “mexicano” de acuerdo con Samuel Ramos (en *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934): el complejo de inferioridad, o sea una doble insuficiencia: aquel “sentirse en falta” es ya “estar en falta”. A Ramos lo seguirían algunos jóvenes filósofos brillantes, y especialmente dos de ellos hicieron obras ambiciosas acerca del *ser del mexicano* (Emilio Uranga) y de su conciencia y posibilidad (Leopoldo Zea). Ambos estudios, de perspectivas muy diferentes entre ellos, asumían y manifestaban una primera intención: dejar en claro que el país estaba listo para salir a escena en las ligas mayores de la reflexión filosófica. La clase media ilustrada de las mayores ciudades nacionales siguió con inusitado interés los trabajos de Uranga y Zea y de sus compañeros del grupo Hiperión (entre los que contaban tres personajes que años después harían carreras destacadas: Luis Villoro, Jorge Portilla y Ricardo Guerra). Aquel intento en pos de lo original corría parejo al curso de la política del país, también, al menos en términos declarativos, volcada hacia la modernidad, a un renovado nacionalismo y a una inteligente y patriota apertura de las relaciones internacionales.

25. La cultura de la nación se fortalece, de modo irremisiblemente tautológico, cuando se profundiza y expande la noción misma de ‘lo nacional’. Cada una de las vocaciones de los miembros del Ateneo de la Juventud (Vasconcelos, Reyes, Guzmán, Torri), formado en las postrimerías del porfiriato y orientado en primer término a deponer al positivismo en favor del humanismo como guía cultural y educativo, se propone alcanzar aquella madurez, aquella puesta al día, que supone la revisión del pasado y fundamentalmente la circulación de aires nuevos en el orden creador. Siguen aquellos jóvenes intelectuales la señal que da Altamirano, con interés individual y con interés patriota.
27. Monsiváis ha visto con agudeza el modo en que los hombres de letras liberales concibieron la historia mexicana como la biografía de un ‘ser’. Ha sido una vida difícil la del país, un país cuyo pasado fue casi por completo devastado, de una parte, y de la otra fue sobre todo estéril (la Colonia, según esto) y cuya infancia pudo solamente darse entre quebrantos, heridas y querellas procedentes de incesantes pugnas internas y en gran medida de su condición de inferioridad, objetiva e innegable y propiciatoria de los embates extranjeros. “Madurar’ será allegarse garantía de ser, gracia ontológica”, escribe Monsiváis resumiendo esta mirada de estos nacionalistas mexicanos *sui generis* y decisivos.
28. Si, en los años marcados por la lucha contra los conservadores, de acuerdo con los liberales la literatura forja la idea de nación —al proporcionar lo necesario para la cohesión de los estratos diversos, es decir: el conocimiento y el amor exaltado a la patria (sus costumbres, su lenguaje, sus paisajes, sus héroes eminentemente) hasta apuntar hacia la autoconciencia—, los pasos encauzados hacia la modernización del país (iniciados por el presidente Juárez merced al progreso de las comunicaciones y a la introducción del positivismo, por grandes ejemplos), hacia fines del siglo XIX, es decir en el apogeo de la dictadura de Porfirio Díaz, aquella idea tendrá una fuente distinta. Carlos Monsiváis cita un texto de *El Imparcial* (1900): “Antes, el amor del estudiante por su patria se exhalaba en verso, en declamaciones elocuentes, en

- arrebatos de lirismo que terminan con la muerte del mártir. Ahora, ante un peligro que tiene el formidable aspecto de una evolución de la naturaleza, ese amor es preciso que sea profundamente reflexivo y positivo: ésa es la tendencia actual. Los estudiantes, los jóvenes habían comprendido que su papel consiste en pedir armas de defensa al arsenal inagotable de la ciencia.”
29. Más que de la emoción y el sentimiento, la noción de una cultura nacional dependerá, según las nuevas concepciones, de la intuición y la inteligencia. La sociedad (léase: la élite porfiriana) ha asumido como necesaria su división en clases bien diferenciadas. La literatura parece lista a dar el paso hacia la mayoría de edad, hacia la anhelada madurez. Surgen los modernistas, bien provistos de una nueva sensibilidad. Hallarán nuevos extremos: no ya la exaltación a los héroes o de la belleza y bondad de la naturaleza mexicana o de sus símbolos. Todo esto es más bien puesto de lado, y será reemplazado por el ánimo de descubrir misterios íntimos no pocas veces ambulando en escenografías de moda. El campeón de esta vertiente nueva es Manuel Gutiérrez Nájera, quien guardará una sola lealtad a sus predecesores: la de la entrega al periodismo, que a lo largo de todo el siglo XIX habría marcado la formación cultural y educativa de la nación. Rememora Monsiváis (y cito extensamente): “En general —apunta Nervo en 1896— en México se escribe para los que escriben’. Esta teoría de la élite atravesará por la energía reconstituyente de los veintes y se volverá ordenamiento protector, al arrinconar el populismo de los treintas a un sector de la alta cultura (‘A todos, a condición de que todos sean unos cuantos’, dirá Villaurrutia). En el porfiriato se afianza muníficamente la teoría de la aristocracia del saber y la teoría del arte por el arte (‘buscad lo bello, que lo bueno se os dará por añadidura’). En el fondo, una práctica artística niega la posibilidad de la cultura nacional, y casi paradójicamente, consume una revolución lingüística. Un afrancesamiento vertiginoso desplaza a un afrancesamiento petrificado y origina lo que Reyes llama —un tanto equívocamente— ‘independencia involuntaria’... En lo formal, los positivistas se proponen lo que ahora veríamos como descolonización... En su terreno, sin decirlo, algunos modernistas lo logran.”
30. Según lo que ha mostrado Carlos Monsiváis en el advenimiento al momento de la Revolución, el país ha cambiado sus capas y sus máscaras pero no sus realidades más perceptibles fuera de una perspectiva meramente superficial. Su nivel educativo muestra cifras muy pobres: el 28.4 % de alfabetizados, la mayoría de ellos pobladores de las metrópolis y muchos de ellos integrantes de las élites. Sin embargo, ha de advertirse cómo ha pervivido la idea general de que la indispensable ‘cultura nacional’ sólo puede forjarse en los campos de la educación y la cultura, ahora asumidas como tareas en beneficios del pueblo, fundador al fin de la patria nueva. Vendrán después los formidables empeños de José Vasconcelos, aquel filósofo y político y escritor brioso y magnífico saludado por su amigo el poeta Ramón López Velarde, autor de un ensayo esperanzado: “Novedad de la patria”.
31. Carlos Monsiváis fue un escritor de muchas ocurrencias —como con ironía una vez señaló Octavio Paz, a quien admiró siempre— y a la vez de ideas profundas, de andamiaje y expresión brillantes, iluminadoras del presente y el futuro del país, sus letras, su cultura. ●

